

Al filo del agua: 50 años después

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

En 1947 apareció la primera edición de *Al filo del agua*, la novela de Agustín Yáñez que más reimpresiones ha tenido, la que se ha traducido a un número mayor de idiomas y la que más se ha analizado por parte de los críticos literarios. Si tomamos en cuenta estas tres apreciaciones, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que se trata de la mejor novela que escribió don Agustín.

Cuando este espléndido libro salió a la luz pública, la humanidad vivía los primeros años de la posguerra. Los gobiernos europeos trabajaban intensamente para reconstruir lo que la Segunda Guerra Mundial había echado por tierra. En París, Berlín y otras ciudades dañadas por los bombardeos, miles de hombres trabajaban de día y de noche en la reedificación. Los japoneses, a su vez, también empleaban horas extras para acelerar la reconstrucción, estimulados por un *spot* que les recordaba que sólo los muertos tenían derecho a descansar. Estados Unidos, por su parte, aprovechando la crisis de Europa, hundía sus raíces imperialistas en América Latina por medio de la exportación de capital y la extracción de los recursos naturales.

Al finalizar la primera mitad del siglo xx, tiempo en el que apareció *Al filo del agua*, México era un país eminentemente agrario e iletrado. Su población vivía dispersa en pequeños poblados y estaba controlada por algunos caudillos de la Revolución Mexicana o por caciques regionales que surgieron a la sombra de este movimiento social. Muchos de los pueblos aún se mante-

nían comunicados por falta de carreteras y entre los múltiples problemas que padecían destacaban la pobreza, la insalubridad y el analfabetismo. El gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) había iniciado un programa de construcción de carreteras y de reconciliación entre los grupos políticos con el propósito de lograr la unidad nacional y aumentar el índice productivo. La imagen de ese México agrario y pobre fue difundida por el cine en películas como “Soy charro del Rancho Grande” y “Los olvidados”, esta última dirigida por el célebre cineasta español Luis Buñuel.

Al filo del agua aparecía justo en el momento en que Yahualica, el lugar del arzobispado en que Yáñez se inspiró para escribir esta novela, rompía por fin con su crónico aislamiento al inaugurarse la carretera asfaltada que la comunicaba con Guadalajara, vía Tepatlán. La población adulta de entonces, perteneciente a una generación nacida a fines del siglo XIX o principios del XX, cuyas estructuras mentales fueron moldeadas por esa confinación que dificultó mucho el contacto con otros lugares, dejaba atrás su vida solitaria y ensimismada para incorporarse al contexto nacional y a la modernidad. Las sociedades que por siglos vivieron en la soledad, es decir, desconectadas de los grandes centros de consumo, de las capitales políticas y alejadas de los caminos principales, fueron comunidades cerradas, mucho más tradicionalistas y religiosas que las demás. Las relaciones sociales, las costumbres y la forma particular de ver el mundo de estos pequeños universos premodernos, tradicionales o del antiguo régimen, como dirían algunos historiadores, fueron descritas por don Agustín de una manera magistral.

En una pequeña nota aclaratoria que antecede al “Acto preparatorio”, el autor aclaró al lector que *Al filo del agua* bien podría titularse “El antiguo régimen”, precisamente por el tipo de sociedad que describe; o “En un lugar del Arzobispado”, por la enorme influencia que tenía la Iglesia en la vida de todos los que formaban parte del conglomerado social. Yáñez prefirió recurrir a las divisiones eclesiásticas que a las políticas. Pudo haber

dicho, por ejemplo, en un lugar de México, de Jalisco o del cantón de Guadalajara o de Lagos. El hecho de haber utilizado los criterios eclesiásticos, indica claramente cuál era el marco de referencia que utilizaba la gente de Yahualica, por un lado, y que las familias se sentían más identificadas con las autoridades religiosas que con las civiles, por el otro. Hasta 1946, los habitantes de este pueblo nunca presenciaron la visita de un gobernador; en cambio, los obispos desde la época colonial periódicamente lo habían hecho.

Por su forma y contenido, *Al filo del agua* es la novela de Yáñez que más ha llamado la atención de los críticos literarios. De ella se han ocupado numerosos autores, cuyos comentarios aparecen publicados en periódicos, revistas especializadas, libros y memorias, como la que prepararon Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco, en ocasión del quincuagésimo aniversario de la primera edición. Entre los intelectuales mexicanos que se han preocupado en analizar aspectos específicos de esta novela figuran Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Rosario Castellanos, Arturo Azuela, Alberto Bonifaz Nuño, Emmanuel Carballo, Raúl Cardiel Reyes, Carlos Elizondo, Víctor Flores Olea, Ricardo Garibay, Antonio Gómez Robledo, José Luis Martínez y María del Carmen Millán. La lista de los extranjeros también es muy larga. Entre los autores franceses figuran Jean Franco, Marcel Brion, Jean Didier y René Marchand. Con respecto a los norteamericanos podríamos citar a Donald William Devey, Frank Durand, Phillip Lance Hadley y Ned Davison Hancock. Si inventariáramos las tesis de licenciatura, maestría y doctorado que también se han ocupado de la novela y que reposan en los anaqueles de las bibliotecas de muchas universidades, la lista de los interesados crecería de manera sorprendente.

Pero, ¿qué aspectos de la novela analizaron estos autores? De manera detallada han examinado el estilo, la estructura interna, la sexualidad, la Revolución Mexicana, la ficción, la religión, los personajes, la visión apocalíptica, la narrativa, el contenido social, el tradi-

cionalismo, la modernidad, etc. Esta revisión, rigurosa y exhaustiva, permite al lector no especializado entender mejor la novela y al autor.

Lo que yo veo en ella, aparte de lo que han dicho los autores mencionados, es que se trata de una novela sobre el miedo; de un miedo que inmoviliza y que impide la acción. ¿Miedo a qué? A los malos pensamientos y a sentir cualquier deseo, porque ambos conducen al pecado y éste a la condenación eterna. Pánico al infierno, a la muerte y al juicio final. La sociedad descrita por Yáñez vivía atemorizada por las tentaciones terrenales, por las ideas y las novedades provenientes de fuera que pudieran atentar contra la integridad, las buenas costumbres y el dogma religioso. Cada uno de los personajes vivía recordando a diario una frase repetida por muchas generaciones, la cual frenaba cualquier placer mundano: “¡Morirás, morirás, y con el demonio te encontrarás!” Los defensores de estos peligros eran el arcángel San Miguel y el señor cura Dionisio María Martínez, fieles guardianes de los valores del pueblo. La lucha cotidiana de ambos consistía, precisamente, en preservar a las familias del pecado. Como el mal acechaba a diario, en la mayoría de las casas siempre había agua bendita para ahuyentar a los malos espíritus cuando éstos se apoderaban del pensamiento.

Los adultos tenían dos ocasiones para expiar sus culpas y lograr el perdón de los pecados cometidos, y así liberarse del miedo a la condenación eterna. Una era cuando recurrían a la confesión y la otra durante la cuaresma, cuando se enclaustraban en la casa de ejercicios para hacer oración durante el día y, por la noche, castigar el cuerpo con el propósito de disciplinarlo y alejarlo de la tentación. La flagelación contra la carne empezaba con el canto de “Perdón ¡oh Dios mío! Perdón e indulgencia”.¹ El castigo que se aplicaban los ejercitantes era purificante, reconfortante y liberador porque devolvía al alma la tranquilidad y la paz interior. Después de orar y repasar los temas tratados en los sermones, en las pláticas y en las lecturas, los ejercitantes salían tranquilos, purificados, sin culpas, ni remordimientos. Una semana

1. Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. 17ª ed. México: Porrúa. 1982, p.60.

de encierro podía ser suficiente para acercar el alma a Dios. Esos días se dedicaban a la contemplación de los pecados, al arrepentimiento y a meditar sobre la vida, pasión, resurrección y ascensión de Cristo.

En otras épocas del año, los correctivos se practicaban con frecuencia y con el mismo rigor. Por ejemplo, la vez que Timoteo Limón vio a Gertrudis y a Margarita bañarse desnudas en el arroyo de Las Trancas, se impuso como castigo no ir a la feria de San Marcos que se celebraba en Aguascalientes con el propósito de lograr el perdón y liberarse del remordimiento que lo atormentaba. Damián se castigó a sí mismo porque sabía que los cinco sentidos, entre ellos, la vista, debían emplearse para gloria de Dios y no para fomentar las pasiones humanas. El relato que hace Agustín Yáñez sobre estos temas en el capítulo “Ejercicios de encierro” es acerca de ese miedo colectivo que inmovilizó a los personajes de la novela.

En *Al filo del agua* todos los personajes son pecadores y, de una manera u otra, expresan su miedo hacia el juicio severo de un Dios apocalíptico, hacia el diablo y hacia la tormenta o el cataclismo que previó Lucas Macías, “el historiador de palabra”.

Los miedos tenían su origen precisamente en el aislamiento, en la falta de comunicación con el exterior y en la estrechez del medio. El lugar del Arzobispado al que se refiere Yáñez es reducido y asfixiante, y dentro de ese espacio restringido las canicas –las vidas– chocan y ruedan. En sus viajes frecuentes a Yahualica, don Agustín pudo darse cuenta de lo difícil y pesado que era para los habitantes de este pueblo venir a Guadalajara, porque tenían que emplear tres días a caballo y padecer las incomodidades y los riesgos que se corrían al bajar y subir la barranca del río Santiago, razón por la cual prefirieron no salir de los límites del municipio. La gran mayoría murió sin conocer siquiera Cuquío o Ixtlahuacán del Río, o Nochistlán y Teocaltiche por el lado de Aguascalientes. María y Marta, las sobrinas del señor cura Martínez, a sus 21 y 27 años de edad, respectivamente, nunca habían salido del pueblo. La

máxima ambición de María era conocer Teocaltiche y a solas, sin contárselo a nadie, se imaginaba cómo sería una ciudad. Como tenía el vicio de leer, María alimentaba su imaginación con cualquier impreso que caía en sus manos, y leyendo a hurtadillas se enteraba de cómo era el mundo. El aislamiento, incluso, había generado el miedo a viajar. Cuando el señor cura supo, por medio de un periódico, que en la diócesis se estaba organizando una peregrinación para ir a la Villa de Guadalupe, aconsejó a sus feligreses que no fueran a la Ciudad de México porque el viaje tenía “muchos peligros para el alma y el cuerpo”.

En el “Acto Preparatorio”, Yáñez se refiere al lugar de las mujeres enlutadas como “pueblo cerrado”, que equivale a decir aislado, incomunicado o apartado, en donde “los miedos asoman, [y] agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas”.

El miedo, los miedos –recalca Yáñez–, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo...²

Esos miedos y deseos reprimidos escapaban en las noches de luna;

pueden oírse sus pasos –puntualiza Yáñez–, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas ... Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos ... Y en la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recomienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos...

es decir, de los miedos que atormentan y esclavizan.³

Yo recuerdo que en la Yahualica de mi niñez, los miedos estaban por todas partes. Atemorizaban, inmovilizaban, preocupaban y sometían a hombres y mujeres, quienes, a su vez, transmitían sus temores a los niños. Cada noche, en el seno del hogar, después

2. *Ibid.*, p. 7.

3. *Ibid.*, pp. 7-8.

de la cena y rezar el rosario, los hijos se sentaban a los pies de sus padres para escuchar el relato detallado de un niño o un joven, que por desobedecer a sus progenitores, el diablo lo había arrastrado hasta causarle la muerte. Los miedos hacían que todos vivieran en constante penitencia y obligaban a llevar una vida austera, siempre recatada, sin comodidades, porque la vida no merecía regalos.

Algunas de estas reflexiones y otros aspectos fundamentales de la novela que se viene mencionando son analizados en el libro que prepararon Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco con el título de *Memoria e interpretación de Al filo del agua*, publicado por El Colegio de México. Los artículos que contiene este texto fueron las ponencias que se presentaron en el Coloquio Internacional Cincuenta Años de *Al filo del Agua* de Agustín Yáñez, el cual se llevó a cabo en El Colegio de México entre el 6 y el 7 de noviembre de 1997. Este coloquio, al que asistieron 23 especialistas en literatura hispanoamericana, fue organizado en mesas de discusión y el mismo criterio temático aplicaron los coordinadores al agrupar los trabajos que conforman el libro. A lo largo de los seis apartados en los que quedó dividido, se encuentran valiosas y profundas observaciones en torno a la novela que nos venimos refiriendo. De entrada, me parece muy oportuno que Ana Rosa Domenella, una de las ponentes, haya retomado el concepto que usó Italo Calvino para definir lo que es un clásico. Según este autor, “un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”, en el que cada relectura es una lectura de descubrimiento como la inicial.⁴ Desde que apareció la primera edición, *Al filo del agua* ha estado en constante relectura, y cada vez que la releemos percibimos nuevas imágenes, signos y significados. Es por ello que esta novela figura en la lista de los clásicos de la literatura mexicana del siglo XX. Todos los participantes del Coloquio Internacional Cincuenta Años de *Al filo del Agua*, cuyos trabajos aparecen publicados en la *Memoria*, confiesan haberla releído varias veces para encontrar y descubrir nuevos elementos en su arquitectura interna, en su cons-

4. “Mujer, Iglesia y patriarcado en *Al filo del agua*”, Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco (eds.), *Memoria e interpretación de Al filo del agua*. México: El Colegio de México, 2000, p. 149.

5. "De Yahualica a Comala: un camino entre la representación y la construcción simbólica", *ibid.*, p. 25.
6. "Huellas pictóricas en *Al filo del agua*", *ibid.*, p. 238.
7. *Op. cit.*, p. 157.
8. "Prólogo: *Al filo del agua*, cincuenta años después", *ibid.*, pp. 10-11.

trucción simbólica, en su programa narrativo y en las motivaciones del autor. En el artículo de Luzclena Gutiérrez de Velasco se destaca, por ejemplo, que en la novela hay tres núcleos de significación: el luto, la oclusión y la sequedad del paisaje.⁵ En efecto, estos tres núcleos son los ejes centrales de la narración. Las mujeres enlutadas, nos explica Edith Negrín, "representan el espíritu del pueblo ... su ropa oscura da constancia de la portentosa vida de la muerte en la región".⁶ El aislamiento y la aridez del suelo se suman a los cuerpos fríos "envueltos en mortajas negras" —como lo dice Ana Rosa Domenella— para completar esa imagen desolada y triste.⁷

Pero no sólo la novela resulta interesante para los especialistas en literatura hispanoamericana. Como lo indica Yvette Jiménez en el Prólogo de la *Memoria*, la obra literaria de Yáñez "es un rico mosaico de la historia de México", porque existe "una analogía entre los procesos internos del pensamiento y la sensibilidad de los personajes, y los procesos históricos".⁸ En consecuencia, el historiador y el sociólogo pueden encontrar en esta novela un rico material para estudiar las estructuras mentales y la vida cotidiana de una sociedad agraria tradicional que no fue afectada por la supuesta modernidad que implantaron las Leyes de Reforma y la industrialización del porfiriato. Ahí están narradas las preocupaciones, las frustraciones, los sueños, los pensamientos y las ansias de una comunidad que vivió sofocada, sin el oxígeno que proporciona el contacto con los demás.

Aunque algunos capítulos o temas de la novela abordados por los autores ya han sido examinados con anterioridad, como el "Acto Preparatorio" y la religiosidad, la lectura de los trabajos que integran la *Memoria* no es ociosa porque en ellos encontramos otras conclusiones que permiten comprender mejor la novela y, a su vez, revisar y cuestionar lo que otros escritores han dicho sobre la obra literaria de Agustín Yáñez. Entre los aspectos novedosos que se comentan están la influencia que pudo haber tenido la Biblia y la obra de Juan Bautista Vico sobre Yáñez, la semejanza y los nexos que hay entre *Al filo del agua* y *Don Quijote de la*

Mancha, y el papel que desempeñan las mujeres, temas tratados con mucho profesionalismo por Ignacio Díaz Ruíz, de la UNAM; John Skirius, de la Universidad de California; y por Ana Rosa Domenella y José Carlos González Boixo, académicos de la UAM y de la Universidad de León, España, respectivamente.

Me parecieron sumamente interesantes los planteamientos de este último autor con relación a la relevancia de los personajes femeninos en el entramado de la novela. “Lo cierto es que la mujer –dice González Boixo– es protagonista indiscutible” y, para demostrarlo, analiza a cada una de ellas. Comienza con Micaela, quien a su regreso de México y Guadalajara sintió que ya no podía seguir viviendo en el pueblo y, ante la imposibilidad de abandonarlo, decidió rebelarse en contra de una religión que identificaba la sexualidad con el pecado. Con el mismo rigor analítico ve a las demás protagonistas: Mercedes Toledo, Victoria y las sobrinas del señor cura. La imagen de la mujer que proporciona la novela, afirma este autor, es dual; por un lado, encarnan el pecado; y, por el otro, son la negación de la sexualidad al vivir con luto permanente.⁹

Asimismo resulta muy interesante el artículo de Edith Negrín, en el que se destacan las fuentes de los siglos XVI, XVII y XVIII en las que Yáñez recogió los conceptos de la muerte y de la salvación eterna que empleó en la novela. Los trabajos de Yvette Jiménez y Rafael Olea acerca de la función sacerdotal y la inminencia del acto preparatorio, sumergen al lector en las profundidades de ese mundo rural, anclado en el pasado. La obra, en su conjunto, ofrece novedosas reflexiones que desde ahora se convierten en un nuevo punto de partida para volver a analizar *Al filo del agua*.

9. “Los personajes femeninos en *Al filo del agua*: transgresión y conservadurismo”, *ibid.*, pp. 166-173.